

Ruptura conyugal y redefinición de espacios. Una aproximación interpretativa de la experiencia monoparental

Sara Barrón López*

Universidad del País Vasco / EHU

Departamento de Sociología II

cjabalos@lg.ehu.es

*«El espacio es una forma que en sí misma
no produce efecto alguno.*

*Sin duda en sus modificaciones se
expresan las energías reales»*

GEORGE SIMMEL (1908-1977, p. 644)**

Resum: Els diversos episodis biogràfics i familiars que experimenten els actors han estat tradicionalment estudiats sense cap referència als escenaris físics i simbòlics en els quals tenen lloc. Tanmateix l'espai és potser un dels esquemes més forts que s'ofereix a la nostra experiència quotidiana familiar. L'espai és, com va dir Kant, la «possibilitat de coexistència», que inclou una dimensió física territorial i una altra de sociosimbòlica. L'estudi de la trajectòria de vida familiar a través de les seves manifestacions espaciosimbòliques (tant físiques com experiencials) pressuposa una mirada analítica que pren l'espai com a observatori privilegiat d'introspecció sociològica. La mirada espacial permet penetrar en el món de la intersubjectivitat i contextualitzar les nostres vicissituds de vida en família en escenaris que són cons-

truits significativament per nosaltres, com a actes consistents a omplir, redefinir o buidar espais de sentit. En la present exposició es pretén mostrar el potencial analític d'aquesta mirada espacial per a l'estudi de la monoparentalitat per causa de ruptura conjugal. Amb aquest objectiu, s'han recuperat alguns extractes d'una investigació empírica portada a terme per l'autora en la qual s'exploren, mitjançant els relats de diverses dones divorciades, les diferents resolucions espaciosimbòliques que es deriven d'un procés de redefinició familiar com és la monoparentalitat (i. e., procés de desconjugalització familiar, divisió d'espais i desplaçaments, buit parental i creació de nous espais monoparentals).

Resumen: Los diferentes episodios biográficos y familiares que experimentan los actores han sido tradicionalmente estudiados sin referencia alguna a los escenarios físicos y simbólicos en los que éstos ocurren. Sin embargo, el espacio es quizás uno de los esquemas más fuertes que se ofrece a nuestra experiencia cotidiana familiar. El espacio es, como señaló Kant, la «posibilidad de coexistencia», que incluye una dimensión física territorial y otra socio-simbólica. El estudio de las sendas de vida familiar a través de sus manifestaciones espacio-simbólicas (tanto físicas como experienciales) presupone una mirada analítica que toma el espacio como observatorio privilegiado de introspección sociológica. La mirada espacial permite adentrarse en el mundo de la intersubjetividad y contextualizar nuestras vicisitudes de vida en familia en escenarios que son construídos significativamente por nosotros como actos de llenar, redefinir o vaciar espacios de sentido. En la presente exposición se pretende mostrar el potencial analítico de esta mirada espacial para el estudio de la monoparentalidad por ruptura conyugal. Para ello, se han recuperado algunos extractos de una investigación empírica llevada a cabo por la autora en la que se exploran, a partir de los relatos de varias mujeres divorciadas, las diferentes resoluciones espacio-simbólicas que se derivan de un proceso de redefinición familiar como es la monoparentalidad (i. e., proceso de desconjugalización familiar, división de espacios y desplazamientos, vacío parental y creación de nuevos espacios monoparentales).

Abstract: *The different biographical and familiar episodes experienced by actors have been traditionally studied without taking into account the physical and symbolic scenes in which they take place. Nevertheless space is one of the most powerful parameters influencing our everyday family experiences, involving various dimensions (i. e., physical-territorial and socio-symbolic). As Kant has pointed out space is «the possibility of coexistence». The study of fa-*

* Becaria del Gobierno Vasco, Programa: «Formación de Investigadores. Mod: AE», 1998/99.

** G. SIMMEL, «El espacio y la sociedad», en *Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid: Revista de Occidente, 1977.

mily paths by looking at their spatial-symbolic manifestations (physical and experienced) implies an analytical view considering space as a privileged focus for sociological introspection. This spatial view allow us to penetrate into the inter-subjectivity's world by putting into context our family life experiences in scenes we construct as a way of «filling», redefining, and emptying spaces of meaning. The aim of this paper is to show the analytic potential of this spatial view to study lone-parenthood caused by marital break-up. Based on the stories of divorced women extracted from my previous empirical research I explore the spatial-symbolic resolutions derived from their experience of lone-Parenthood as a process of family redefinition (i. e., family de-conjugalisation, division of spaces and moves, parental emptiness and construction of new lone-parental spaces).

La mirada espacial, una forma de introspección interpretativa de lo familiar

Los diferentes episodios biográficos y familiares que experimentan los actores han sido tradicionalmente estudiados sin referencia alguna a los escenarios físicos y simbólicos en los que éstos ocurren. Sin embargo, el espacio es quizás uno de los esquemas más fuertes que se ofrece a nuestra experiencia cotidiana familiar. El espacio es, como señaló Kant, «la posibilidad de coexistencia», que incluye una dimensión física territorial y otra socio-simbólica. La primera se manifiesta en las fronteras o localizaciones espaciales que fijamos, construimos y sobre las que nos proyectamos a nosotros mismos, a los otros y al mundo que nos rodea; la dimensión física de lo espacial permite la *coexistencia estática*: unas estructuras a nuestros ojos inmutables y discretas dentro de las cuales se desarrollan los mundos de vida socio-familiares (p. ej., la casa).

Pero, al mismo tiempo, el espacio posee una dimensión dinámica y cualitativa si se considera la posibilidad de que las personas dotan de sentido el espacio que ocupan y limitan. Por ejemplo, la casa, como estructura física, pasa a ser un hogar, un umbral de *coexistencia dinámica* y significativa que resulta del acto social de llenar, vaciar y/o redefinir espacios; así, la vida social se presenta como «el movimiento de sendas de vida a través de escenarios de interacción que presentan diversas formas de demarcación espacial» (Giddens, 1995, p. 148).

El estudio de las sendas de vida familiar a través de sus manifestaciones espacio-simbólicas (tanto físicas como experienciales) presupone una mirada analítica que toma el espacio como observatorio privilegiado de introspección sociológica. La mirada espacial permite adentrarse en el mundo de la intersubjetividad y contextualizar los

diversos episodios familiares en escenarios físicos y simbólicos contruídos significativamente por los propios actores.

En esta exposición se pretende mostrar el potencial analítico de esta mirada espacial para el estudio de uno de los episodios biográficos y familiares más recurrentes en nuestra sociedad: la monoparentalidad por ruptura conyugal. Para ello, se han recuperado algunos extractos de una investigación empírica llevada a cabo por la autora en la que se exploran, a partir de los relatos de dos mujeres divorciadas, las diversas resoluciones espacio-simbólicas que se derivan de un proceso de redefinición familiar como es la monoparentalidad.¹

Por cuestiones de espacio, en esta ocasión tan sólo se ofrecen algunas viñetas de sus trayectorias familiares desde la ruptura conyugal hasta la conformación de los nuevos espacios monoparentales, si bien en el estudio inicial se analizaron extensivamente la construcción de sus primeros espacios de conyugalidad, pasando por otros episodios familiares tales como la maternidad, y otras dinámicas intra y extrafamiliares asociadas al evento.

La estructura de la exposición se articulará en cuatro secciones. La primera de ellas arranca con el proceso de desconyugalización familiar, en donde se describe el proceso de *distanciamiento* físico y emocional de la diada conyugal que precede a la monoparentalización de los espacios familiares. En las restantes secciones, se exploran algunas de las dinámicas y lógicas que acompañan a la construcción progresiva de los nuevos espacios familiares tras dicha ruptura: *el inicio de la monoparentalidad como un espacio propio y ajeno*, las implicaciones socio-simbólicas de una ausencia parental que deja un espacio vacío a rellenar, y, finalmente, la monoparentalidad como espacio de cotidianidad y asentamiento de rutinas.

1. El estudio en cuestión tiene como título: *Monoparentalidad y redefinición de espacios: una forma alternativa de conocer la cotidianidad de las familias y sus casas*, Universidad del País Vasco, Leioa, 1998. En él se analizan en profundidad las trayectorias familiares de dos mujeres divorciadas nacidas en la década de 1950. Adoptando una técnica metodológica entre el estudio de casos y las historias de vida, se trató de ahondar en el proceso experiencial de la construcción espacio-simbólica y familiar de la monoparentalidad femenina. Para ello se analizaron los testimonios recogidos durante varias sesiones de entrevistas en profundidad de dos mujeres cuyas familias tenían una composición similar (tres miembros: ella y dos hijas de edades parecidas y menores de edad), sin tener en cuenta *a priori* otro criterio discriminador salvo el hecho de que una de las familias había vivenciado un cambio residencial. Dada la temática del estudio, este aspecto se tomó en consideración como un posible punto de comparación y contraste.

1. Distanciamiento y espacios segregados de confrontación

Poco a poco nos fuimos distanciando; coincidieron otras cosas, problemas [...] con los años te vas dando cuenta de que... vivíamos juntos pero separados.

El inicio de la monoparentalidad por ruptura conyugal se vive en la mayoría de los casos como un proceso experiencial de distanciamiento, en el que se va sedimentando el terreno para que progrese una vida espacial y simbólicamente dualizada. Es de este modo como las mujeres de este estudio empiezan a *sentirse* separadas sin la necesidad de que ello se materialice en una ruptura conyugal *de facto* o en una separación física. Como señala acertadamente Hart (1976), la ruptura conyugal es un llegar a ser (*becoming*),² un proceso de múltiples etapas sin una clara delimitación en el tiempo. La dinamicidad inherente a dicho proceso opera desde cronologías objetivas (i. e., fecha de la ruptura legal) y subjetivas (momentos experienciales que no suelen coincidir con la separación legal). A tenor de los testimonios de las dos mujeres, la separación se inició muchos años atrás de que un juzgado tramitara sus demandas de separación.

El proceso de desconyugalización o desparejamiento (*uncoupling*) retratado por Vaughan (1987) resulta muy ilustrativo para comprender cómo se sucede el distanciamiento físico y emocional entre la pareja. Según la autora, es el «iniciador» (*initiator*) quien comienza explícita o implícitamente a crear un espacio aparte. Las insatisfacciones van manifestándose en situaciones ordinarias y la asimetría de sentimientos adopta en muchos casos una asincronía en los tiempos familiares y en las actividades cotidianas de uno y otro cónyuge. Es entonces cuando los miembros de la pareja reconocen (juntos o por separado y no necesariamente al mismo tiempo) que existen problemas y que dos mundos incomunicados conviven en un mismo espacio físico: la casa.³ Sin embargo, en nuestro estudio, la separación

2. Nicky HART, *When Marriage Ends. A study in Status Passage*, Londres, Tavistock, 1976, p. 103.

3. Percibir que existen problemas no significa necesariamente aceptar el deterioro de la relación y proyectar una vida futura alternativa (BURGOYNE y CLARK, 1984, p. 75); «es algo que tiene que ser previamente negociado, decidido, primero, individualmente para poder ser comunicado como generalmente ocurre» (M. ROBINSON, *Family Transformation during divorce*, Londres, Routledge, 1991, p.154). En efecto, es raro, tal y como la literatura del divorcio sugiere, que ambos cónyuges quieran simultáneamente separarse. A menudo hay una asimetría de percepciones y cronologías por parte de cada miembro de la diada conyugal de cara a evaluar la relación. En el estudio realizado por

emocional *no* precedió a las «asincronías» en los tiempos familiares y actividades cotidianas, sino que operó el proceso contrario: la dinámica familiar conyugal mostraba desde sus inicios la existencia de distanciamientos arraigados fundados en una segregación de roles y actividades que articulaba de forma normalizada y «natural» la convivencia familiar.

Ambas mujeres relatan una vida conyugal y familiar fundamentada en espacios, tiempos y roles divididos, asimilables al modelo de complementariedad que desde el estructural-funcionalismo ha sido extensivamente analizado. Modelo que contrasta con la idea de un espacio conyugal unitario tal y como el constructivismo familiar ha tendido a caracterizar (cf. Berger y Kellner, 1964).⁴ Las biografías de estas mujeres y de sus trayectorias familiares evidencian que el matrimonio, lejos de ser una fusión espacial y privada, es «un» mundo en el que interfieren múltiples influencias de carácter externo y supra-familiar, donde la elección personal y las expectativas forjadas constantemente interactúan con restricciones culturales e ideológicas que (de)limitan y significan sus propios espacios familiares e identitarios.

La asimetría de sus espacios conyugales se manifiesta no sólo en una distribución fija (no negociada) y asimétrica de tareas, asumiendo la casi total responsabilidad de aquellas de tipo doméstico y nutricias, sino que informa muchos de los procesos de decisión que atañen a sus casas. Por ejemplo, la elección del lugar de residencia

Goode, se demostró que en la mayoría de los casos eran los varones quienes iniciaban la desconyugalización actuando de tal manera que forzaban a sus esposas a tomar la decisión de la ruptura (cf. William GOODE, *Women in divorce*, Nueva York, The Free Press, 1965, p. 42). Otros estudios posteriores han confirmado la prevalencia de esta tendencia en los casos de separación conyugal (cf. FURSTEMBERG y CHERLIN, 1991; KITSON y HOLMES, 1992; KURZ, 1996; RIESSMAN, 1990, STONE, 1990, entre otros muchos).

4. Existen todavía retóricas muy influyentes que conciben y analizan el matrimonio como una «unión privada» en términos de ámbito íntimo cerrado frente a un mundo público, instrumental y despiadado (cf. LASCH, 1984). Los postulados constructivistas, desde filosofías menos comunitaristas y conservadoras plantean en términos muy parecidos la relación conyugal. El trabajo pionero de Berger y Kellner es uno de los ejemplos más representativos de la escuela constructivista aplicada al estudio de la relación matrimonial. Para los autores, el mundo de la conyugalidad es «un mundo en que dos extraños se embarcan para construir juntos un pequeño mundo en el que puedan vivir [...] la realidad subjetiva de este mundo se sostiene a través de un proceso continuo de conversación». Berger y Kellner conciben el matrimonio desde una perspectiva microscópica en términos de construcción de una biografía (identidad) común, articulada a través de procesos de negociación basados en la «intimidad» y la «igualdad»: «en ese mundo una definición e identidad común ha de resultar, de lo contrario la relación podría peligrar.» Cf. B. BERGER y H. KELLNER, «Marriage and the Construction of reality», *Diogenes*, vol. 46 (1964), p. 1-24.

conyugal.⁵ Ambas mujeres aceptaron iniciar sus vidas en un ambiente que les resultaba ajeno, trasladándose a otras zonas que desconocían y alejadas físicamente de sus redes familiares y sociales:

Me dijo de venir aquí porque él estaba muy identificado con este pueblo... si hubiese sido por mí, yo hubiera preferido quedarme porque era un sitio que conocía, mis hermanas estaban aquí, mis padres... y este sitio se me hacía como muy pequeño [...] igual tenía miedo a no relacionarme bien porque no conocía a nadie, pero bueno... bien.

El cambio para mí fue brutal... pero para él no había cambiado absolutamente nada, él siempre había vivido aquí [...] bueno, esto lo digo ahora, porque antes ni lo pensé, no me importaba.

Aunque las preferencias de sus maridos parece que son el factor más determinante en la elección del espacio residencial, cuando a las mujeres se les pregunta directamente, los factores que arguyen son otros, como la calidad de vida de la zona, las dimensiones del piso de cara a una futura ampliación familiar, y el emplazamiento de la casa: una zona céntrica y bien comunicada (con respecto a establecimientos comerciales, transportes y existencia de escuelas cercanas). Factores que guardan estrecha relación con los papeles que cumplirán estas mujeres en sus espacios conyugales.

La casa también será un espacio de distintas cronologías conyugales (y familiares). Así, los tiempos de la dinámica familiar son uno de los indicadores más sutiles para explorar esa distribución de roles y espacios segregados. En el período en que las hijas son pequeñas existen prácticamente dos ritmos de vida familiar: el de sus maridos (individuales y ajenos relativamente al resto del conjunto familiar) y la cronología de las mujeres (madres), sujeta a la de la progeñe; una cronología colectiva que lleva aparejadas las actividades domésticas y nutricias que llenan sus espacios familiares.

Es importante destacar el hecho de que la atribución de roles sexista es justificada por las mujeres en función de cualidades y características personales de uno y otro miembro de la díada conyugal: «era un patoso», «se le olvidaban las cosas», «no sabía», «siempre se

5. Tendencia que ha sido confirmada en otros estudios. Por ejemplo, MORGAN (1977) cita el estudio de Holmstrom (L. L. HOLMSTROM, *The Two Career Family*, Cambridge, Mass, Schnkman Publishing Company, 1972), quien detectó la pauta entre la mayor parte de las mujeres entrevistadas de acomodarse a las preferencias de sus maridos con respecto a *dónde* vivir y *cuándo* efectuar el cambio de residencia. (Cf. D. H. J. MORGAN, *Alternatives to the Family*, 1977, p. 186, en R. CHESTER y J. PEEL, [ed.]. *Equalities and Inequalities in Family Life*. Londres, Academic Press).

me han dado mejor ese tipo de cosas». Se realizan las tareas domésticas y nutricias en exclusividad desde la convicción de que no existe obligación alguna y que aunque «podría ser diferente», la ejecución de las mismas se reduce a una falta de alternativa, dictada además por la conciencia de que sin ellas ese trabajo no se haría nunca:

Qué le ibas a hacer, yo es que tampoco es que estuviera amargada, eran cosas que había que hacerlas [...] y si no las hacía yo, ¿quién lo hacía?

Tampoco era una carga insoportable... yo es que ni lo pensaba... empezamos a funcionar así, y bueno, en todas las casas es lo mismo, ¿no?, nosotras somos más trabajadoras.

Por último, otra de las parcelas cotidianas en las que esta división de espacios conyugales se manifiesta muy claramente es en los ritos y prácticas asociadas al comer. Al igual que en los análisis de Charles y Kerr (1986) y Morrison (1996),⁶ en nuestro estudio se identificaron patrones de comensalidad que reforzaban la «asincronía» conyugal y la misma segregación sexual de los espacios familiares: priorizar los platos preferidos por sus hijas y maridos, elaborar y planear el qué y el cuándo para «comer en familia», etc. «Comer en familia» sirve como testimonio de que son familia los que comparten una misma mesa, al tiempo que da una sensación de armonía que no necesariamente se deriva de comer la misma comida y al mismo tiempo, sino de comer *todos juntos y en el mismo espacio* (Mintz, 1986). De ahí que las mujeres del estudio ven muy negativamente la no coincidencia de horarios y comidas por parte de sus maridos, una comensalidad «individual» que abrirá aún más la brecha conyugal:

Aunque mis hijas ya iban teniendo diferentes horarios por la escuela y el instituto... al menos cenábamos juntas [...] es normal que no se pueda coincidir, pero es que él nunca iba a poder acomodarse porque vivía exactamente al revés que nosotras.

6. M. MORRISON, «Sharing food at home and School: Perspectives on Commensality», *Sociological Review*, vol. 44, núm. 4 (1996), p. 667. Su análisis de las prácticas de comensalidad desde una perspectiva de género demuestra que la relación que las mujeres mantienen con la comida son cualitativamente diferentes a las del resto del grupo familiar. En dicho estudio son las mujeres las encargadas de elaborar y planear el qué y el cuándo para «comer en familia», si no negando, dando al menos prioridad a las preferencias de sus maridos e hijos/as. Esto parece confirmar, como apuntan acertadamente CHARLES y KERR (1988, p. 23), el hecho de que «si bien comer puede ser un placer para cualquiera, es un placer que muchas mujeres tienen dificultad en permitírselo a sí mismas, negando u ocultando sus propias preferencias en favor de los otros mediante justificaciones de la mayor responsabilidad nutricional y social que tienen para con sus familias» (*ibid.*, p. 668).

No cenábamos juntos, cenaba con la tele [...] a él con tal de que le pusieras su filete con patatas... ya estaba bien.

Todas estas viñetas parecen confirmar que el modo en que se vive *progresivamente* el distanciamiento conyugal tiene mucho que ver con las formas que han ido adoptando los espacios conyugales. Cuando ha existido una demarcación de roles y espacios socio-familiares segregada, como es el caso, lo que antes era rutina y naturalidad puede convertirse, ahora, en una división ilegítima y contestada. Las mujeres del estudio entraron en sus matrimonios anticipando cuáles iban a ser su roles conyugales y familiares. Durante más de diez años estas mujeres viven en espacios divididos y posiciones diferenciadas sin una conciencia de que existen alternativas. La diferente cronología de sus maridos impide espacios comunes de interacción familiar y un «asincronismo familiar» que producirán a la larga «arritmias» muy sentidas por las mujeres (i. e., sobrecarga emocional y doméstica, soledad y en última instancia un extrañamiento con respecto a sus maridos).⁷

Pero a medida que sus hijas crecen y ellas se ven «liberadas» en gran parte de las tareas de supervisión y crianza, sienten la necesidad de encontrar nuevas fuentes de identidad y significado dentro y fuera de sus espacios familiares. Cuando los roles que parecen más centrales en su actividad cotidiana familiar van vaciándose (o redefiniéndose) es posible que ello afecte a su autoidentificación identitaria (madre-esposa) y ubicación familiar, y puede ser precisamente a partir de ese vaciamiento cuando las mujeres empiezan a problematizar sus relaciones conyugales (y con ello el contenido de sus espacios familiares):

El siguió igual [...] con las crías en el instituto él ya hacía vida de soltero, venía y hacía cuanto le apetecía [...] yo seguí con mi vida, como mis hijas siguieron con la suya... las niñas ya iban montándose... cada uno por su lado, yo empecé a tener mis amistades y él las suyas [...] sabía que aquello se terminaba.

Yo he podido acabar con todo, pero ahora.

7. Aunque en este caso el proceso de separación en términos espacio-simbólicos se refleje de forma muy ilustrativa en los ritmos de vida diferentes, ello no ha de interpretarse como un problema genérico o definitorio de cara a caracterizar una situación conyugal conflictiva o en proceso de «desconyugalización». Hoy son muchas las parejas que viven y aceptan esa «asincronía» en sus espacios de intimidad. Sin embargo, para las mujeres del estudio la «asincronía» se percibe muy negativamente por cuanto rompe con sus expectativas (e ideales) de vida conyugal-familiar. Cf. la noción de «paradigma familiar» de D. REISS, *The Family's Construction of Reality*, Londres, Harvard University Press, 1981, p. 220-222.

Yo: ¿Por qué «ahora» y no antes?

Bueno, te vas cansando poco a poco, las crías se van haciendo mayorcitas y supongo que tienes más tiempo para pensar y menos cosas que hacer.

En el caso de la primera mujer que habla, la mayor autonomía que le aportan los ingresos de un nuevo trabajo a tiempo parcial, la reanudación de unas relaciones de amistad y «tener su propia vida» son recursos en los que se apoya para afrontar una crisis matrimonial. Para la segunda mujer, el cuidado de sus hijas pierde centralidad y el «vacío conyugal» es más fácilmente perceptible. En ambos casos la independencia conyugal es un hecho en sus realidades biográficas y sociales. Ambas mujeres han creado «su propio espacio» al margen de la conyugalidad.

A la larga los espacios segregados de conyugalidad darán lugar a una confrontación que acabará en una ruptura definitiva. La casa acaba por transformarse en otro espacio diferente tanto cuando sus maridos están ausentes como presentes:

Sí, discutíamos, el conflicto fue al final. Fue una época de bastante tensión, tensión en el ambiente... te evitas y no te evitas, ¡porque vivíamos en la misma casa!... pero era esa tensión cuando él llegaba.

Cuando él no estaba, como que la casa se transformaba, estábamos todos más tranquilos... como que daba lo mismo si estábamos juntos como si no.

2. Un espacio propio y ajeno: primeros días de monoparentalidad

Las mujeres del estudio coincidieron en lo que supuso para ellas el final de la conyugalidad y el inicio de una vida monoparental; el inicio de una vida identificada con un espacio propio, desconyugalizado e independiente. Perciben fundamentalmente una desconocida autonomía, que aunque sentida como global, como se verá es parcial tanto en una dimensión física (en relación a sus casas) como experiencial (con respecto a sus relaciones dentro y fuera de los nuevos espacios familiares). En este sentido la monoparentalidad no supone un corte de lazos y actividades con actores presentes en los espacios conyugales anteriores (sus hijas) ni tampoco con aquellos ahora más ajenos al núcleo monoparental: el ex-marido, la familia de origen, etc. Los nuevos espacios de monoparentalidad son cercados bajo límites flexibles que los convierten en espacios abiertos hacia otras personas, su familia de origen, nuevas amistades y los padres ausentes. Todos ellos van a contribuir activamente a su «llenado», si

bien en esta ocasión nos centraremos específicamente en los actos constructivos de las mujeres protagonistas.

Así, estas mujeres van a adoptar diferentes estrategias de apropiación y significación de sus nuevos espacios familiares. Dichas estrategias vienen condicionadas por múltiples factores entre los que cabe destacar sus posibilidades económicas y las expectativas forjadas para la futura vida familiar. Tanto en uno como en otro caso, plantearse una nueva vida familiar supuso anticipar un nuevo escenario, apareciendo la casa como un elemento clave de negociación y un espacio fundamental para la continuidad familiar. Mantener sus casas era importante en la medida en que:

En lo que pensé fue en mis hijas, en ningún momento quise que se les cambiase el entorno ni la vida que ellas tenían, yo quería que la situación fuese igual, que siguieran viviendo en esa casa.

Me dijo [su hija pequeña] que no quería cambiarse de casa, ni cambiar de colegio, ni ser pobre. ¡Fíjate, claro que era importante, era donde habían pasado toda su vida.

Las casas son para estas mujeres (y sus hijas) un elemento de seguridad ontológica y las pretenden mantener porque no son meros soportes físicos sino anclajes globales de su existencia familiar, cargadas de recuerdos y experiencias que forman parte de sus biografías, y cuyo cambio sería un punto de inflexión y ruptura física y emocional; un cambio *adicional* al propio cambio que supone la ruptura conyugal.

No obstante, estas mujeres, como otras muchas en su situación de separadas, se vieron en la disyuntiva de tener que considerar un posible cambio de residencia por la imposibilidad de poder mantenerla. Una de las mujeres pudo negociar y comprar «su» mitad. Sin embargo, para la otra mujer, con una situación económica inestable, la casa no fue elemento de negociación tan siquiera:

Tuvimos que salir de ahí, yo no podía con los gastos, y él no iba a pasar un duro.

Como muchos autores y organismos han comprobado a través de sus estudios e informes sobre el divorcio y la situación posterior de monoparentalidad, el cambio residencial es una experiencia muy frecuente,⁸ con implicaciones de muy diversa índole para aquellos que

8. No sólo para el progenitor que se marcha de la casa biparental sino para el progenitor que se hace cargo de la custodia de los hijos, en su mayoría mujeres (cf. COMISIÓN

ven deteriorada su situación económica: cambio de status por el traslado forzado a barrios más pobres, con una menor calidad de vida y con peores equipamientos urbanos y sociales, posible aislamiento y desconexión de amistades y familiares por nuevas distancias y/o por la dificultad de acceso y comunicación, y en relación a la progenie un cambio de colegio y la necesidad de reiniciar una nueva vida escolar y social (Amato, 1993; Mulroy, 1988; Smalls Caple, 1988).

En líneas generales, el cambio residencial ha sido analizado a partir de las múltiples pérdidas que puede comportar; sin embargo, en nuestro estudio se consideró dicho cambio desde la óptica de los sujetos, confirmándose que si bien el cambio de casa enfrentaba a los actores a nuevos marcos existenciales y de sociabilidad, la experiencia no suponía *exclusivamente* un proceso global de pérdidas. En el caso de una de las familias analizadas, el traslado también comportó diversos aspectos positivos y «ganancias» que tenían que ver con las expectativas que los sujetos albergaban. La discontinuidad espacial, aunque se resiente, también se vive con optimismo y expectativas de renovación. Una casa, donde terminar y comenzar de nuevo:

Yo quería cambiar y no. Por un lado era una casa que no podía mantener más, pero por otro... quería que tuviésemos nuestra casa, que mis hijas tuviesen un sentimiento de casa, de que estuvieran a gusto, y me daba lo mismo que fuese de alquiler que propia [...] y cuando les dije que nos íbamos a cambiar de casa fue como «vamos a tener que empezar de nuevo, tenemos que hacerlo y vamos a hacerlo».

Otros de los aspectos que diferencian las distintas estrategias que una y otra familia adopta en el proceso de conformación de sus nuevos espacios monoparentales es el distinto régimen de tenencia de la casa: propiedad o alquiler. Se trata de dos estrategias de apropiación y significación de espacios asociadas a idearios socio-culturales diferentes al tiempo que evidencian, como en el caso de estas dos fami-

DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS, 1998, p. 32-35; KITSON y HOLMES, 1992, p. 173; LEFAUCHEUR, 1988, p. 160; MACLANAHAN y BOOTH, 1989, p. 560; SMALLS CAPLE, 1988, p. 93). Breves informes referidos al contexto español también indican cómo el acceso a una vivienda en situaciones postdivorcio es una de las atenciones más acuciantes solicitadas por mujeres cabeza de familia (ARENAS MARTÍNEZ, 1993; CAPELLÍN *et al.*, 1990). Dicha demanda se deriva de disputas conyugales en torno a la repartición de bienes y a situaciones pre-divorcio económicamente frágiles que llevan a la necesaria venta del domicilio conyugal, en casos de propiedad, recurriendo al alquiler en zonas de bajos precios. Este tipo de cambio residencial afecta especialmente a las mujeres, por ser ellas quienes asumen en la mayoría de los casos las cargas familiares con menores posibilidades económicas en comparación con sus ex-cónyuges.

lias, situaciones económicas muy divergentes.⁹ La aspiración a tener una casa propia va ligada a una cultura que asocia la propiedad con seguridad (Saunders, 1984) y permanencia (Depuis y Throns, 1998) como elementos constitutivos de una vida familiar. El alquiler, en cambio, se identifica socialmente con una situación inestable, insegura o cuanto menos transitoria:

De donde no hay no se puede sacar [...] y bueno... aquí no será definitivo, es temporal. La vida no nos ha ido bien; si nos hubiese ido mejor, pues tendríamos nuestra propia casa y no estaríamos aquí. Así de claro.

La construcción de los nuevos espacios monoparentales también irá asociada a procesos de redefinición espacial física y simbólica en los que intervienen diversas lógicas: decorativas, instrumentales, etc. Así, ambas mujeres expresan la necesidad de materializar en acciones concretas el cambio que ha operado en sus biografías familiares; sustituir o tirar ciertos objetos reminiscentes de espacios anteriores es una manera de dar identidad a sus nuevos escenarios de vida:

Yo quería que se llevase sus cosas: su ropa, sus efectos personales, sus fotos... era suyo, no lo quería [...] tiré la mitad de las cosas [...] y puse cosas mías en los huecos.

Para esta mujer es como si la relación conyugal quedase definitivamente rota sin la presencia de objetos que testimonian los espacios de conyugalidad que antaño existieron. De ahí que una nueva vida familiar supone «tirar lo viejo» y en la medida de sus posibilidades o como aspiración «comprar todo nuevo». Una nueva decoración también va a ir «llenando» de significación simbólica el nuevo hogar; ello incluye la introducción de nuevos muebles, el pintado de las paredes con un nuevo color, la remodelación de algunos cuartos y el

9. La relación entre tenencia o propiedad residencial y la conformación de específicos estilos de vida, valores políticos e identidad personal es un ámbito de estudio muy prolífico en los campos de la sociología urbana y la arquitectura. DEPUIS y THRONS (1998) consideran al respecto que la «ideología de la propiedad residencial» ha sido clave no sólo para políticas de vivienda que influyen o determinan formas diferentes de práctica cotidiana, sino que va ligada al proceso macroestructural de «aburguesamiento» generalizado a partir de la década de los setenta, con la expansión de modos de vida de clase media, con las cada vez menos perceptibles distinciones de clase y la cada vez mayor posibilidad de las clases trabajadoras para adoptar estilos y formas de residencia prototípicamente urbanas. Algo que pudo ocurrir una o dos décadas más tarde en nuestro país. Cf. A. DEPUIS y D. C. THRONS, «Home, home ownership and the search for ontological security», *Sociological Review*, vol. 46, núm. 1 (1998), p. 25.

baño, etc. La decoración cumple funciones de muy diverso tipo: instrumental («no es una cuestión de lujos, ponía cosas que eran necesarias»), expresivas, para lograr espacios confortables e íntimos («hacer esto un poco familiar, a tu gusto y en el que nos sintiéramos cómodas»), etc.

Finalmente, una (relativamente) nueva subdivisión espacial va a personificar aún más el espacio monoparental. Se atisba la permanencia de aquellos espacios comunes (la «salita», el baño, la cocina...) y la construcción de otros nuevos, privados o exclusivos, con pocas posibilidades de interacción familiar. Sirva de ejemplo, la sustitución del «cuarto conyugal» por «mi propia habitación, en la que nadie me moleste».

En definitiva, las casas y los nuevos espacios monoparentales que éstas albergan se redefinen en función de los cambios ocurridos en las biografías familiares, y en las nuevas posiciones que tanto unos como otros ocupan. No sólo se trata de hacer funcional un espacio nuevo, sino de dotar a la nueva geometría espacial de una nueva identidad familiar.

3. Ausencia parental: ¿un espacio vacío?

Aunque nuestro análisis anterior pudiera llevar a pensar que los espacios monoparentales pueden encerrarse en un único escenario físico (la casa), lo cierto es que dichos espacios traspasan los límites de la vivienda. Y esto, aunque ocurra en cualquier tipo de conformación familiar, en el caso de la monoparentalidad resulta más patente y complejo. En este sentido, el proceso de cambio familiar derivado de la ruptura conyugal hace que los espacios conyugales se disipen mientras que los parentales se mantienen; eso sí, adoptando nuevas formas.

Desde la literatura del divorcio, existe una prolífica labor de investigación en torno a las implicaciones socio-familiares de la ausencia/presencia del progenitor no residente, planteando sus análisis en los mismos términos de complejidad y «límites ambiguos» (Boss, 1979, p. 141). Principalmente desde la teoría de los sistemas, autoras/es como Boss (1979), Ahrons, (1980), Thompson y Gongla (1983) y Trost (1980) apuntan la necesidad de distinguir entre la presencia física y la psicológica-simbólica de los miembros en un mismo espacio familiar de cara a subrayar uno de los rasgos más específicos de las familias monoparentales. Así, Robinson (1991, p. 135) señala que «en la mayoría de las familias nucleares hay una congruencia entre la presencia física y psicológica de los miembros,

mientras que en las familias monoparentales el progenitor no residente está ausente físicamente pero puede estar muy presente en otras sutiles formas».

Tomando la iniciativa de Rosenfeld y Rosenstein (1973), en el estudio se exploraron los significados e implicaciones prácticas que comportaba la ausencia y/o presencia del progenitor no residente. Los relatos de las mujeres evidenciaron cómo la ausencia parental en la casa se siente de manera intensa, pero no tanto desde una dimensión nostálgica o de pérdida sentimental, un apego a la relación conyugal (*attachment*), como otros estudios han observado (cf. Kitson y Holmes, 1992), sino como una ausencia normalizadora que permite sin tensiones la continuidad de la vida familiar:

¿Que si se notaba? Es que como que ya puedes estar tranquila, porque aquella situación de estar y no estar juntos... Se acabaron las broncas y desde luego mejor estar separados.

Supongo que para las niñas no ha sido lo que ha significado para mí. Quiero decir que era yo la que no podía más y ellas, pues se daban cuenta. Y ahora, yo creo que sin los dos juntos vivimos todas mejor.

No obstante, la ausencia también se resintió en términos prácticos, asociando su no presencia con una sensación «nueva» de sobrecarga en las tareas domésticas y nutricias. La asunción exclusiva de responsabilidades por parte de estas mujeres en los nuevos espacios familiares resulta ahora más patente y cualitativamente diferente:

Desde luego no era lo de antes, se nota que no está... en más cálculos, en más decisiones, bueno, no sé, ahora me tengo que encargar yo sola y eso se nota.

Sí que notas que estás sola de verdad.

Estar «sola de verdad» supone reconocer el hecho de que los espacios conyugales han sido definitivamente disociados y que la ausencia de sus maridos, antes experimentada en términos de extrañamiento y distancia, se ha materializado en un vacío real y físico en los espacios familiares. Porque, aunque el espacio que ocupaba el marido en los últimos tiempos de vida conyugal se viviera como un espacio *remoto* en relación al ámbito familiar, el padre y cónyuge *seguía estando presente* tanto física como experiencial y simbólicamente. Ante la nueva situación familiar, el espacio que éste ocupaba difumina una división familiar de tareas y roles que se había ido forjando y la distancia se convierte en concreta no presencia. Todo ello lleva a una redefinición espacial sin dicotomías conyugales de un espacio no conyugal relativa-

mente unitario con nuevas actividades en los espacios familiares que ellas deben asumir (una exclusividad igual de real que la de antes pero que para estas mujeres es ahora cuando adquiere el carácter de evidencia) y que no son sino fruto de la absorción de los contenidos de un espacio conyugal y parental que ha quedado vacío en sus casas.

La ausencia parental también se va a sentir, si bien en diferente grado para una y otra familia, desde un punto de vista económico. Ambas familias ven reducidos sus ingresos, lo que significa prescindir de determinados bienes de consumo diario, hacer un número mayor de cálculos, modificar sus patrones de ocio y un cambio residencial, entre otras cosas:

Como que miras más los precios y bueno, hay cosas que ya no te permites, así sin pensar en lo que cuestan, unos zapatos que te gustan o yo qué sé [...] tuvo que dejar de venir a casa [la asistenta] y bueno, ya no están las cosas como antes.

En el momento en que salió ya fue el caos, se desligó totalmente de todo, dejó abandonadas a sus hijas [...] no me dio nunca dinero, y tampoco quise pedirselo.

Así, la ausencia parental va a llevar aparejada una modificación de los anteriores estándares de vida, demostrando el «efecto perverso» que se deriva de una división de espacios y actividades segregada, tal y como presidió en sus matrimonios (Delphy, 1976; Saraceno, 1996). Mientras estuvieron casadas, a pesar de las asimetrías bajo las cuales se configuraban los papeles y cargas parentales, los gastos y las responsabilidades eran *asimétricamente* compartidas, pero tras la separación, esa asimetría se rompe, se debilita el propio ejercicio parental (económico o práctico) y ambas mujeres se ven forzadas a asumir lo familiar y en gran parte lo económico en exclusividad.

Como señala Flaquer (1994): «Los problemas del modelo fusional se proyectan agravados sobre la familia monoparental. La cuestión es que la familia nuclear tradicional, con perfiles asimétricos y fusionales, constituye un intercambio de servicios especializados basados en el género: servicios domésticos y crianza de los hijos a cambio de protección económica y seguridad emocional.»¹⁰ Y esto es así, además, porque los vínculos y responsabilidades que hasta ahora sus ex-maridos mantenían con sus hijas dependían especialmente de las relaciones que tenían con sus esposas. La desconyugalización pa-

10. L. FLAQUER, «Las familias monoparentales en España y Europa. Dinámica interna», en Simposium «La figura del Padre en las familias de las sociedades desarrolladas», *Actas del Simposium Internacional*, Las Palmas de Gran Canaria, 1994, p. 326.

rental pone al descubierto esta «triangulación» donde la madre era el centro de conexión y unión de responsabilidades desequilibradamente distribuidas, situación que permanecía oculta para estas mujeres tras el velo del matrimonio y que se mantenía mientras ambos cónyuges estuviesen vinculados.

4. Tres en casa: espacios monoparentales y vida cotidiana

En esta última sección se describe muy sucintamente la dinámica interna de los espacios monoparentales relativamente asentados, haciendo especial hincapié en las relaciones que se desarrollan en su seno. Ambas mujeres llevan más de cinco años conviviendo con sus dos hijas, un tiempo mucho menor que lo que duraron sus matrimonios (diez y doce años respectivamente).

Como apuntan Prett *et al.* (1992), cuando se ha dejado atrás un largo matrimonio, la existencia de tradiciones, rituales y actividades diarias que han caracterizado durante gran tiempo la dinámica interactiva de los espacios familiares experimenta con frecuencia un proceso de renegociación por los miembros que permanecen en la casa. Aun sin tener como referencia la ruptura conyugal, la propia dinamicidad de la vida familiar hace que ésta siempre esté bajo un constante proceso de transformación donde las posiciones familiares y las reglas de grupo son susceptibles de una redefinición continua.

Los rituales familiares son descritos por Troll *et al.* (1984, p. 401) como «la ventana que descubre la identidad de una familia». Una ventana que permite observar lo que Harris (1986) denominaba «carácter familiar»: «su organización interna, los roles familiares de sus miembros y, sobre todo, el sistema de valores, actitudes y normas que presiden la interacción entre ellos.»¹¹ En el caso de estas familias, muchas de sus (nuevas) rutinas generadas tras estos años de convivencia monoparental responden a una nueva configuración de las relaciones materno-filiales, redefinidas por un efecto del tiempo vital («ellas ya no son unas niñas») como por aquel vivencial («es la vida la que cambia... te cambian los hábitos, maneras de vivir... y tú cambias»).

A nivel de dinámica interna, sigue existiendo una clara división del espacio doméstico, si bien no planteada desde ámbitos explícitamente divididos y sexualmente segregados sino bajo ejes más hori-

11. L. FLAQUER, «La familia española: cambio y perspectivas», en S. GINER, *España: sociedad y política*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990, p. 150.

zontales, en donde las posiciones que hijas y madres ocupan, aun siendo diferentes y jerárquicas, son más negociables y les procuran mayor autonomía respectivamente:

Mis hijas están más centradas en sus estudios y en sus cosas y quieras o no, sigo siendo yo la que maneja todo esto un poco [...] considero que a estas alturas nada es obligatorio, pero bueno, mis hijas son muy responsables y ayudan con la casa.

Aunque también sigue habiendo una autoridad en la figura materna, que asume mayores niveles de responsabilidad y decisión, en el día a día se desarrollan importantes procesos de apoyo e intercambio de ayudas que hacen que dichas cargas no se resientan tanto. Son cargas que siguen controladas desde arriba. Sin embargo se trata de un control menos centralizado y flexible que permite además nuevos canales de comunicación entre «iguales-diferentes», mayores espacios de decisión para las hijas y relaciones materno-filiales más simétricas y menos paternalistas.

Diversos estudios empíricos han confirmado similares cambios en las relaciones parento-filiales postdivorcio, generalmente referidos a familias monoparentales con jefatura femenina. Se ha observado el frecuente desequilibrio que opera entre las relaciones de los padres con sus hijos/as, intensificándose los vínculos maternos (más aún si partimos de situaciones anteriores de triangulación) y la atenuación, en diferente grado y según muy diversas circunstancias, de los nexos paternos (cf. Furstemberg y Cherlin, 1991, p. 35 y s.; Maclanahan y Booth, 1989, p. 563; Thompson y Gongla, 1983, p. 107). Otros autores describen el carácter más democrático de las relaciones materno-filiales (cf. Hardey y Crow, 1991, p. 10 en Chant, 1996, p. 64), así como las mayores cotas de responsabilidad (y temprana madurez) que adquieren los menores (cf. Mendes, 1979, p. 197; Weiss, 1979).

En nuestro estudio todos estos rasgos aparecían en las caracterizaciones elaboradas por las mujeres, quienes insistieron en numerosas ocasiones en los altos niveles de intimidad y confianza que mantenían con sus hijas. La figura de «hija-compañera» es recurrente en sus testimonios:

Yo tengo muy en cuenta lo que ellas me dicen, de hecho a raíz de mis hijas yo he cambiado, soy más abierta, me animan a salir, y esas cosas.

Lo saben todo de mí, de mi vida, lo que hago y a donde voy, no porque soy una madre de tipo agobiante, lo mismo pasa con ellas, sé con quienes salen y bueno, aquí somos tres [...] porque vivimos así las tres, nos conocemos, y nos respetamos.

Vivir en monoparentalidad, «ser tres en casa», no ha supuesto una transformación radical en las rutinas familiares pre-monoparentales. De hecho, hay continuidades que no se han visto afectadas por la ausencia parental o en todo caso se han visto reforzadas. La «asincronía» conyugal permitió desarrollar hábitos de interacción materno-filiales al margen de los padres, sirviendo de precedente para la intensificación de vínculos entre madre e hija. De ahí que muchos de los rasgos que acabamos de describir podían estar ya presentes con anterioridad al cambio familiar. Así, sus momentos de interacción familiar no parecen haber variado significativamente (siguiendo vinculados a situaciones de comensalidad y esparcimiento dentro de la casa: cenar juntas, ver la tele en la «salita», etc.), salvo la frecuencia, que es menor, motivada en gran parte por las diferentes cronologías que las hijas introducen en la dinámica familiar.

La monoparentalidad, de este modo, se traduce en una mixtura entre viejas y «nuevas» relaciones e interacciones materno-filiales. Quizás, para terminar, cabe destacar que el punto de ruptura que ha supuesto para estas mujeres «ser tres en casa» no se deriva tanto de estas relaciones como el hecho de que han conseguido dotar de una identidad propia sus espacios familiares; identidad que se deriva de su liderazgo en el mantenimiento de la casa, en las nuevas cotas de independencia y autonomía adquiridas y en una mayor carga de responsabilidad que se ve compensada con el apoyo y la mayor proximidad con respecto a sus hijas.

Bibliografía

(no reseñada en las notas)

- AHRONS, C. (1980). «Redefining the divorced family: a conceptual framework». *Social Work*, vol. 25, núm. 6.
- AMATO, P. R. (1993). «Family structure, family process and family ideology. Children's adjustment to divorce». *Journal of marriage and the Family*, vol. 55.
- ARENAS MARTÍNEZ, M. (1993). *Las familias de madre sola en Avilés: las estrategias de supervivencia adoptadas*. Asturias: Ayuntamiento de Avilés.
- BOSS, P. (1979). «A Clarification of the concept of Psychological Father Presence in Families Experiencing Ambiguity of Boundary». *Journal of Marriage and The Family*, vol. 39, núm. 1.
- CAPELLÍN, M. [et al.] (1990). *Jornadas sobre familias monoparentales*. Coslada: Ayuntamiento de Coslada.
- CHANT, S. (1996). *Women-headed households. Dynamics and Diversity in the Developing World*. London: Macmillan Press.
- FURSTEMBERG, F.; CHERLIN, C. (1991). *Divided Families What Happens with Children when parents part*. Londres: Harvard University Press.
- GIDDENS, A. (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- KITSON, C.; HOLMES, W. H. (1992). *Portrait of divorce: adjustment to marital breakdown*. Nueva York: Guilford Press.
- KURZ, D. (1996). «Women, Marriage and Divorce». En: ID., *For Richer and For Poorer. Mothers confront divorce*. Londres: Routledge.
- LEFAUCHER, N. (1988). «¿Existen las familias monoparentales?». En: IGLESIAS DE USSEL, J. [ed.]. *Las familias monoparentales. Seminario Hispano-Francés*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer.
- MACLANAHAN, S.; BOOTH, K. (1989). «Mother-only Families: Problems, Prospects and Politics». *Journal of Marriage and The Family*, vol. 51.
- MENDES, H. A. (1979). «Single-Parent Families: a typology of life-styles». *Social Work*, vol. 24, núm. 3.
- RIESSMAN, C. (1990). *Divorce Talk: Women and Men Make Sense of Personal Relationships*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- ROSENFELD, J.; ROSENSTEIN, E. (1973). «Towards a conceptual framework for the study of parent absent families». *Journal of Marriage and the Family*, vol. 35.
- SMALLS CAPLE, F. (1988). «Restructuring Family Life». En: MULROY, E. [ed.]. *Women as Single Parents*. Massachusetts: Auburn House Publishing Company, 1988.
- STONE, L. (1990). *Road to Divorce. England (1530-1987)*. Oxford: Oxford University Press.
- THOMSON, E. H.; GONGLA, P. A. (1983). «Single-Parent Families: in the Mainstream of American Society». En: MACKILN; RUBIN, R. H. *Contemporary Families and Alternative life Styles*. Beverly Hills: Sage.

Ruptura conyugal y redefinición de espacios
Una aproximación interpretativa de la experiencia monoparental

- TROST, J. (1980). «The Concept of one-parent family». *Journal of Comparative Family Studies*, vol. 11, núm. 1.
- VAUGHAN, D. (1987). *Uncoupling: Turning points in Intimate Relationships*. Londres: Methuen.
- WEISS, R. (1979), «Growing up a Little Faster: The Experience of Growing up in Single-parent Household». *Journal of Social Issues*, vol. 35, núm. 4.